

y cayó tieso. Aquello tuvo lugar mientras Ester pronunciaba aquella frase fúnebre.

—¡Ah! ¡Dios mío!—exclamó la Val Noble.

—Tienes un coche, llévate á Romeo—dijo Ester;—su muerte causará mucho escándalo aquí. Date prisa, esta noche tendrás los cincuenta mil francos.

Aquello fué dicho tan tranquilamente y con tan perfecta insensibilidad de cortesana, que la señora de Val-Noble exclamó:

—¡Eres nuestra reina!

—Diré que te he prestado á Romeo, y habrá muerto en tu casa. Ven temprano y muy hermosa...

A las cinco de la tarde, Ester se hizo su tocado de casada. Se puso su vestido de encaje sobre una falda de satín blanco, un cinturón blanco, zapatos de satín blanco, y en sus hermosas espaldas un encaje de punto de Inglaterra. Se peinó con camelias blancas naturales, imitando un peinado de virgen. Mostraba en su pecho un collar de perlas de treinta mil francos dado por Nucingen. Aunque su tocado estuvo terminado á las seis, había cerrado la puerta para todo el mundo, hasta para Nucingen. Europa sabía que Luciano debía ser introducido en el dormitorio. Luciano llegó á eso de las siete; Europa encontró manera de hacerle entrar en casa de la señora sin que nadie se apercibiese de su llegada. Al ver á Ester, Luciano se dijo:

—¿Por qué no ir á vivir con ella á Rubempré, lejos del mundo, sin volver nunca más á París? Tengo cinco años de prueba sobre esa vida, y la querida criatura no es de carácter de desmentirse... ¿Y dónde encontrar una obra maestra semejante?

—Amigo mío, usted, de quien he hecho mi dios—dijo Ester doblando la rodilla sobre un cojín ante Luciano,—bendígame...

Luciano quiso levantar á Ester y abrazarla diciéndole:

—¿Qué broma es esa, amor mío?

E intentó cogerla por el talle; pero ella se desprendió con un movimiento que demostraba tanto respeto como horror.

—Yo no soy digna de ti, Luciano—dijo dejando que las lágrimas brotaran libremente de sus ojos.—Te lo suplico, bendíceme, y júrame establecer en el Hospital una fundación de dos camas... pues, con rezos en las iglesias, Dios no me

perdonará más que á mí... Te he amado demasiado. En fin, dime que te he hecho feliz y que pensarás alguna vez en mí... dime...

Luciano vió tan solemne buena fe en Ester, que se quedó pensativo.

—¡Quieres matarte!—dijo al fin con voz que denotaba profunda meditación.

—No, amigo mío, pero hoy, ¿ves? es la muerte de la mujer pura, casta y amante que has tenido... y temo que la pena me mate.

—¡Pobre niña! espera—dijo Luciano;—he hecho en dos días muchos esfuerzos, he podido llegar hasta Clotilde...

—¡Siempre Clotilde!—le dijo con acento de rabia concentrada.

—Sí—repuso él,—nos hemos escrito. Parte el martes por la mañana; pero tendré en el camino de Italia, en Fontainebleau, una entrevista con ella...

—¡Ah! ¿qué queréis, pues, vosotros para mujeres?... ¡unas planchas!—exclamó la pobre Ester.—Vamos á ver, si tuviese siete ú ocho millones, ¿te casarías conmigo?

—¡Niña! iba á decirte que si todo está acabado para mí, no quiero otra mujer más que tú...

Ester bajó la cabeza para no mostrar su súbita palidez y las lágrimas que enjugó.

—¡Me amas!—dijo mirando á Luciano con dolor profundo.—Pues bien, aquí tienes mi bendición. No te comprometas, vete por la puerta falsa, y haz como si vinieras de la antecámara del salón. Bésame en la frente—le dijo.

Cogió á Luciano, le estrechó contra su corazón con rabia y le dijo con acento terrible:

—¡Vete!

Cuando la moribunda apareció en el salón, salió un grito de admiración: los ojos de Ester dejaban ver el infinito en el cual el alma se perdía al verlos, el negro azulado de su cabellera hacía resaltar la blancura de las camelias. En fin, todos los efectos que había buscado los obtuvo. No tuvo rival. Apareció como la suprema expresión del lujo desenfrenado cuyas creaciones le rodeaban. Además, estuvo chispeante de ingenio. Dirigió la orgía con el poder frío y tranquilo que desplegó Habeneck en el Conservatorio, en aquellos conciertos donde los primeros músicos de Europa llegaban á lo sublime de la ejecución interpretando á Mozart

y á Beethoven. Observaba, sin embargo, con espanto que Nucingen comía poco, no bebía, y hacía los honores de la casa.

A las doce nadie estaba ya sereno. Rompieron los vasos para que no sirvieran nunca más. Dos cortinajes de la China fueron rotos. Bixiou se emborrachó por segunda vez en su vida. Nadie podía tenerse de pie; las mujeres estaban dormidas en los divanes; no pudieron realizar la broma, pensada de antemano entre los convidados, de conducir á Ester y á Nucingen al lecho, colocados en dos hileras, con candelabros en la mano y cantando la *Buona sera* del *Barbero de Sevilla*. Nucingen dió la mano á Ester. Aunque borracho, Bixiou, que les vió, tuvo aún fuerzas para decir, como Rivalrol á propósito del último matrimonio del duque de Richelieu: «Sería preciso avisar al prefecto de policía... va á darse un mal golpe...»

El burlón creía burlarse, y era profeta.

El señor de Nucingen no se presentó en su casa hasta el lunes por la mañana. A la una, su agente de cambio le dijo que Ester Van-Gobseck había hecho vender la inscripción de los treinta mil francos de renta desde el viernes, y que acababa de recoger el importe.

—Pero, señor barón—le dijo,—el primer pasante del señor Derville ha venido á mi casa en el momento en que hablaba de esa transferencia, y después de haber leído los verdaderos nombres de la señorita Ester, me ha dicho que era la heredera de siete millones.

—¡Bah!

—Sí, es la única heredera del viejo usurero Gobseck... Derville va á probar los hechos... Si la madre de la querida de usted es la hermosa holandesa, hereda...

—Ya lo sé—dijo el banquero,—me ha contado su vida... Voy á escribir dos palabras á Degville.

El barón se sentó á su mesa, escribió una carta para Derville y la mandó por uno de sus criados. Después de la Bolsa, se fué, á eso de las tres, á casa de Ester.

—La señora ha prohibido que la despertasen bajo ningún pretexto, se ha acostado, duerme...

—¡Ah! ¡diablo!—exclamó el barón.—*Eugopa*, no se enfadará al sabeg que es *guiquísima*... *Hegueda* siete millones. El viejo Gobseck ha *muegto* dejando siete millones, y mi *queguida* es su única *heguedega*, *pogque* su madre es la pobre tonta de

Gobseck... Yo no podía *sospechag* que un *millonaguio* como él dejase á su hija en la *miseguia*...

—Pues bien, ¡su reino ha acabado, viejo saltimbanqui! —le dijo Europa mirando al barón con un descaro digno de una criada de Moliere.—¡Hola! ¡viejo cuervo de Alsacia!... ¡Le ama á usted poco más ó menos como á la peste!... ¡Dios de Dios!... ¡millones!... ¡entonces puede casarse con su amante! ¡Oh! ¡qué contenta se va á poner!...

Y Prudencia Servien dejó al barón de Nucingen anonadado, para ir á anunciar, ¡la primera! á su ama aquella fortuna. El anciano, embriagado de voluptuosidades sobrehumanas, y que creía en la felicidad, acababa de recibir una ducha de agua fría en su amor en el momento en que llegaba á su más alto grado de incandescencia.

—¡Me engañaba!—exclamó con lágrimas en los ojos.— ¡Me engañaba!... ¡Oh *Esteg!* ¡Oh vida mía! ¡Qué estúpido soy! ¿Crecen nunca semejantes *flogues paga* los ancianos? ¡No puedo *comprag* juventud! ¡Oh Dios mío!... ¿qué *haceg?*... ¿qué *segá* de mí? ¡Esa cruel *Eugopa* tiene *gazón!* ¡*Esteg guica* me anonada!... ¿Debo *ig* á *colgagme?* ¿Qué es la vida *sin amog*... sin la llama divina del *amog* que he probado?... ¡Dios mío!

Y el banquero se arrancó el bisoñé que mezclaba entre sus cabellos desde hacía tres meses. Un grito penetrante dado por Europa hizo estremecer á Nucingen hasta sus entrañas; se levantó y caminó doblándosele las piernas á causa del golpe que había recibido en su amor. Nada emborracha tanto como el vino de la desgracia. Desde la puerta de la habitación el anciano vió á Ester tiesa en su cama, amoratada por el veneno, ¡muerta! Fué hasta la cama y cayó de rodillas.

—¡Tienes *gazón*, ella lo había dicho! Ha muerto por causa mía...

Paccard, Asia, toda la casa acudió. Fué un espectáculo, una sorpresa, y no una desolación. Hubo en los criados algo de incertidumbre. El barón se tornó banquero, tuvo una sospecha, y cometió la imprudencia de preguntar dónde estaban los setecientos cincuenta mil francos de la renta. Paccard, Asia y Europa se miraron entonces de un modo tan singular, que el señor de Nucingen salió acto continuo, creyendo que se había cometido un robo y un asesinato. Europa, que vió un paquete envuelto cuya blandura le reveló los billetes de banco debajo de la almohada de su señora, se puso á arreglarla y dijo:

—¡Vete á avisar al señor, Asia! ¡Morir antes de saber que heredaba siete millones!... ¡Gobseck era tío de la difunta señora!—exclamó.

La maniobra de Europa fué comprendida por Paccard. Cuando Asia hubo vuelto la espalda, Europa desdobló el paquete, en el cual la cortesana había escrito: *Para entregar al señor Luciano de Rubempré*. Setecientos cincuenta billetes de mil francos relucieron á los ojos de Prudencia Servien, que exclamó:

—¿No sería una con esto dichosa y honrada para el resto de sus días?...

Paccard no respondió: su naturaleza de ladrón fué más fuerte que su afecto hacia Burla la Muerte.

—Durut ha muerto—respondió cogiendo la suma,—mi espalda es aun virgen, escapémonos juntos, dividamos la cantidad á fin de no poner todos los huevos en el mismo cesto, y casémonos.

—Pero ¿dónde nos esconderemos?—dijo Prudencia.

—En París—respondió Paccard.

Prudencia y Paccard bajaron acto continuo con la rapi-de de dos ladrones.

—Hija mía—dijo Burla la Muerte á la malaya así que le hubo dicho las primeras palabras,—busca una carta de Ester mientras yo voy á hacer un testamento en buena letra, y llevarás á Girard el modelo del testamento y de la carta: y que se dé prisa, es preciso poner el testamento debajo de la almohada de Ester antes de que vengan á poner los sellos.

E hizo el testamento siguiente:

«No habiendo amado nunca en el mundo á otra persona
»más que al señor Luciano Chardón de Rubempré, y ha-
»biendo resuelto poner fin á mis días antes que caer en el
»vicio y en la vida infame de donde me sacó su caridad, doy
»y lego al dicho Luciano Chardón de Rubempré todo lo
»que poseo el día de mi muerte, con la condición de fundar
»una misa en la parroquia de Saint Roch á perpetuidad, por
»el descanso de la que se lo ha dado todo, hasta su último
»pensamiento.

»ESTER GOBSECK.»

—Se parece bastante á su estilo—dijo Burla la Muerte.

A las siete de la tarde, fué puesto por Asia debajo de la almohada el testamento, escrito y lacrado.

—Señor—dijo subiendo precipitadamente;—en el momento en que salía de la habitación se presentaba la justicia.

—Quieres decir el juez de paz...

—No, señor; estaba el juez de paz, pero acompañado de gendarmes. El procurador del rey y el juez de instrucción están también, y las puertas están guardadas.

—Esa muerte ha metido mucho ruido bien pronto—dijo Collin.

—Mire, Europa y Paccard no han comparecido; temo que hayan robado los setecientos cincuenta mil francos—dijo Asia.

—¡Ahl ¡canallas!—dijo Burla la Muerte.—Con ese escamoteo *nos* pierden...

La justicia humana y la justicia de París, es decir, la más desconfiada, la más inteligente, la más hábil, la más instruída de todas las justicias, demasiado inteligente casi, pues interpreta á cada instante la ley, ponía por fin las manos en los hilos de aquella horrible intriga. El barón de Nucingen, al reconocer los efectos del veneno y no encontrar sus setecientos cincuenta mil francos, pensó que alguna de las personas que le desagradaban mucho, Paccard ó Asia, era culpable del crimen. En su primer momento de furor, corrió á la prefectura. Aquello fué la campanada que reunió á todos los números de Corentín. La prefectura, el comisario de policía, el juez de paz, la audiencia, todo se puso en pie. A las nueve de la noche, tres médicos asistían á la autopsia de Ester, y las diligencias empezaron. Burla la Muerte, advertido por Asia, exclamó:

—¡No saben que estoy aquí, puedo esconderme!...

Y se elevó por el chasis de su buhardilla, y en un momento estuvo de pie en el tejado, donde se puso á estudiar los alrededores con la sangre fría de un pizarrero.

—Bueno—se dijo al ver un jardín á cinco casas de allí, en la calle de Provenza,—un jardín; ya estoy arreglado.

—¡Ya estás servido, Burla la Muerte!—le dijo Contensón, que salió detrás del tubo de una chimenea.—Explicarás al señor Camusot qué misa vas á decir en los tejados, señor abad; pero sobre todo por qué huías.

—Tengo enemigos en España—dijo Carlos Herrera.

—Bajemos por la buhardilla—repuso Contensón.

El falso español fingió ceder; pero después de haberse parapetado en el chasis, cogió á Contensón y lo lanzó con tanta violencia, que el espía fué á caer en medio del arroyo de la calle Saint-Georges. Contensón murió en el campo del honor. Jacobo Collin entró tranquilamente en su buhardilla, donde se metió en la cama.

—Dame algo que me ponga muy enfermo sin que me mate—le dijo á Asia.—Acabo de deshacerme naturalmente del único hombre que podía descubrirme.

A las siete de la tarde, la víspera, Luciano había partido en su coche de posta con un pasaporte tomado por la mañana para Fontainebleau, donde se acostó en la última posada del camino de Nemours. A eso de las seis de la mañana del día siguiente se fué á pie por el bosque, hasta Bourón.

—Este es—se dijo sentándose en unas rocas desde donde se divisa el hermoso panorama de Bourón—el lugar fatal donde Napoleón esperó hacer un esfuerzo gigantesco, la antevíspera de su abdicación.

Cuando amaneció oyó el ruido de un coche de posta y vió pasar una briska donde iban los criados de la joven duquesa de Lenoncourt-Chaulieu y la camarera de Clotilde de Grandlieu.

—Ya están aquí—se dijo Luciano;—vamos, representemos bien esta comedia y estoy salvado; seré yerno del duque á pesar suyo.

Una hora después, la berlina donde iban las dos jóvenes dejó oír ese ruido tan fácil de conocer de un coche de viaje elegante; las dos damas habían dicho que frenasen en la pendiente de Bourón, y el lacayo que iba detrás hizo detener el coche. En aquel momento, Luciano se adelantó.

—¡Clotilde!—exclamó llamando á la portezuela.

—No—dijo la joven duquesa á su amiga,—no subirá al coche, y no estaremos solas con él, querida mía. Tenga una última entrevista con él, lo consiento; pero será en la carretera, por donde iremos á pie, seguidos de Bautista... El día está hermoso, vamos bien vestidas, no tememos al frío. El coche nos seguirá.

Y las dos mujeres se apearon.

—Bautista—dijo la joven duquesa,—que vaya el postillón muy despacio; queremos dar un paseito á pie, y usted nos acompañará.

Magdalena de Mortsauf cogió por un brazo á Clotilde y

dejó á Luciano que la hablase. Fueron juntos de aquel modo hasta el pueblecito de Grey. Eran entonces las ocho, y allí, Coutilde despidió á Luciano.

—Bueno, amigo mío—le dijo terminando con nobleza aquella larga entrevista,—no me casaré con nadie más que con usted. Prefiero creer en usted que en los hombres, en mi padre y en mi madre... Nunca se ha dado una prueba tan grande de afecto, ¿verdad? Ahora procure disipar las prevenciones fatales que pesan sobre usted...

En aquel momento se oyó el galopé de varios caballos, y los gendarmes, con gran asombro de las dos señoras, rodearon el pequeño grupo.

—¿Qué quieren ustedes?—dijo Luciano con la arrogancia del dandy.

—¿Es usted el señor Luciano de Rubempré?—dijo el procurador del rey de Fontainebleau.

—Sí, señor.

—Irá usted á dormir esta noche á la Force; tengo una orden de prisión contra usted.

—¿Quiénes son estas señoras?—preguntó el brigadier.

—¡Ah! sí, perdón, señoras, ¿los pasaportes? pues, según informes, el señor Luciano tiene relaciones con mujeres capaces de...

—¿Toma usted á la duquesa de Lenoncourt por una entretenida?—dijo Magdalena dirigiendo una mirada de duquesa al procurador del rey.—Bautista, enseñe nuestros pasaportes...

—¿Y de qué crimen se acusa al señor?—dijo Clotilde, á la que la duquesa quería hacerle subir al coche.

—De robó y de asesinato—respondió el jefe de la gendarmería.

Bautista colocó á la señorita de Grandlieu completamente desmayada en la berlina.

A las doce, Luciano entraba en la Force, donde le explicaron la causa de su prisión. El abad Carlos Herrera se encontraba allí desde la víspera por la noche.

París, junio 1843.